

Solo

Ciro Gonzales

Image not found.

# Capítulo 1

Solo

Desperté. Ella estaba a mi lado. Su cabello, denso y oscuro como la noche que acabábamos de dejar atrás, se encontraba sobre mi pecho. La sábana, que nos cubría apenas, tapaba la perfecta arquitectura de su cuerpo. Es hermosa —pensé, mientras admiraba su espalda desnuda—, muy hermosa. Desperté, sí, pero la realidad tarda en entrar en nosotros cuando acabamos de salir de ese universo onírico —curioso y extravagante—, de esa realidad creada por nuestros deseos, fantasías... y temores.

Lo primero que sentí fue frío. Un frío conocido, un frío que trae desde lo más hondo de la memoria el recuerdo vivo del metal contra la piel. Fue entonces cuando me percaté de mis brazos. Una sonrisa culpable se dibujó en mi rostro. Ella lo había querido así, y por supuesto, no me había negado.

La mañana era oscura. Mucho. El paisaje detrás de toda esa bruma era hermoso. La había llevado allí justamente por ese paisaje pero... algo no estaba bien. No, algo no estaba bien.

Lo segundo que sentí, frío. Pero este frío no encontró eco en mi memoria. Este frío era distinto. Esta sensación era totalmente nueva. Un golpe helado se encontraba en el mismo espacio de mi pecho donde ella tenía su rostro acurrucado sobre su mano. Como si fuera un témpano de hielo posado sobre mi cuerpo. Como si estuviera...

De pronto, la realidad que hasta ese momento entraba a cuentagotas, me inundó en un horrible torrente de pavor. Ella estaba a mi lado, sí, pero ya no lo estaba. El cuerpo que horas antes había amado yacía inerte y gélido junto a mí. La desesperación me tomó prisionero e hizo que pasara de la calma a bordear la locura en décimas de segundo —no puede estar muerta, no puede estar muerta ¡no puede estar muerta!— ¡Grité! ¡Grité tan fuerte que pude sentir como mi garganta se desgarraba! Luché contra las esposas que tenía en ambas muñecas pero fue inútil. Ella se había encargado de inmovilizar mis brazos y ella lo había hecho muy bien. Mientras forcejeaba, su cuerpo cayó de mi pecho. Su rostro quedó casi a la altura del mío y pude ver la expresión del terror que estaba sintiendo en el reflejo opaco de sus ojos áridos.

No sé cuánto tiempo pasó. El sol asomaba débilmente desde lo alto por algún espacio entre las nubes grises. Tres, ¿cuatro horas quizá? Su ojos seguían perforando mi alma con esa mirada vacía y acusadora —tú lo hiciste querido, tú lo hiciste—. Fue en ese momento que me percaté de sus labios, ¿estaba sonriendo acaso? —¡No! ¡No! ¡Yo no lo hice!—. Podía

sentir claramente como el odio recorría mis venas. Manaba a través de las heridas de mis muñecas para luego caer sobre la sábana impregnándole su carmín hedor.

El día siguió su curso, ignorando las súplicas de un insignificante hombre sumergido en la insania —por favor... por favor déjame ir, ¡por favor!—. El dolor en los hombros se había vuelto, en ese punto, insoportable. Casi no sentía mis manos —las heridas de mis muñecas lo agradecieron—. El cuerpo de ella, cada vez más blanco y helado, había sido testigo yerto de incontables pedidos de misericordia y salvación mientras transcurrían las horas — por favor, por favor, quítame estas esposas, ¡por favor!—, como si ese sonsonete absurdo pudiera traer su vida de vuelta y meterla dentro de su cuerpo en descomposición.

El ocaso llegó con sus colores inconfundibles. Ella seguía a mi costado, con su expresión pétrea y sardónica. No supe cuándo comenzó, pero un efluvio de lágrimas había bañado ya mi rostro. Mis ojos, anegados, vislumbraban apenas su cuerpo lechoso. No pude soportarlo más. El llanto descontrolado hacía temblar todo mi cuerpo —voy a morir, voy a morir aquí junto a ella. Voy a morir.—. Era el títere que movían las manos purulentas y demacradas de la muerte.

La noche, inevitable, se presentó con su majestuoso silencio. Un silencio sobrecogedor. Un silencio que anunciaba que mi muerte estaba cerca. No hay luna —pensé al mirar por la ventana—. Pero no me sorprendió. Mi muerte se debía llevar acabo de esa forma: sin testigos. Cerré los ojos. Ya no sentía miedo, ni dolor, ni siquiera su cuerpo me incomodaba. Simplemente quería morir. La noche era tan oscura como un túnel sin fin. Estaba listo para perderme en esa oscuridad, pero, de pronto, una risa se escuchó.

— ¡¿Quién es?!— Yo conocía esa risa... Se hizo más y más fuerte  
—¡ayúdeme! ¡Por favor auxilio!—, y lo supe...

— ¿Estás listo para morir querido?

— No puede ser... no puede ser...

Pude sentir cuando se paró de la cama mientras yo gimoteaba de pavor. Sus pasos torpes, desgarbados, avanzaban —¡tú estás muerta!—. Las risas seguían oyéndose en medio de la oscuridad —¡Tú... tú...!—. Giró el picaporte y pude escuchar claramente cuando cerró la puerta tras de sí.  
—¡No!—.

Las risas estallaron de nuevo, estentóreas y demenciales. Pero esta vez eran las mías.